

## CAPITULO V.

Francisco de Sales hace la visita á su diócesis.—La interrumpe para predicar el jubileo en Annecy y la Cuaresma en Chambéry.—La continúa luego, y da cuenta al Papa del estado de su diócesis.

(Años 1605 y 1606.)

Los trastornos de la guerra y las desgracias de los tiempos no habian permitido hasta entonces á Francisco de Sales hacer en su diócesis esa visita general que prescribe el concilio de Trento, y que es tan necesaria, tanto para mantener la disciplina eclesiástica como la reforma de las costumbres; pero así que vió alguna posibilidad de llevarla á cabo, se hizo de ello un deber. Ya el año anterior habia visitado la parroquia de Very, cerca de Annecy, cuyos habitantes estaban hacia largo tiempo en pleito con el cabildo de la iglesia colegiata de Annecy. Afligido por el escándalo que producía esta diferencia, y mas afligido aún por ver los espíritus agriándose cada día mas y la disputa envenenarse, se dirigió á Very, predicó la paz en público y en particular, escuchó con bondad las razones que querian esponerle contra el cabildo, y con su prudencia logró terminar la diferencia, pacificar los espíritus y reconciliar los corazones. Habia encontrado la guerra á su llegada á esta parroquia, y tuvo la dicha, á su partida, de dejar allí la paz, con la caridad y la pura alegría que son sus dulces compañeras.

Aquel año de 1605, despues de la Pascua, empezó su visita general por la parte de su diócesis á donde le llamaba el atractivo de su corazon, por aquel país del Chablais y sus alrededores, que por tanto tiempo habia regado con sus sudores. Once años antes no habia encontrado mas que cien católicos, y en su visita tuvo el consuelo de no dejar ni cien protestantes. Entonces, á la cabeza de

cada iglesia se hallaban ministros del error; y en esta visita estableció en todas partes curas edificantes y celosos. Puso la última mano á la organizacion de treinta y tres parroquias, que estaban aún sin pastor; reguló las temporalidades de las iglesias y del clero; y reanimó en todos los puntos el fervor de los sacerdotes y de los fieles, de los pastores y de sus rebaños.

Despues de estas escursiones apostólicas, acompañadas de todas las solicitudes que les son inseparables, volvió á descansar algunos días á Annecy. Pero su descanso no fué, como siempre, sino un trabajo continuo hasta principio del otoño, época en que volvió á emprender la visita general de su diócesis, con una constancia que ninguna dificultad podia detener: «Habiendo estado detenido hasta »ahora por una multitud de negocios que me agobian, escribe á la Señora de Chantal para anunciarle su partida (1), me voy á esta penosa visita, en la cual veo á cada »paso cruces de toda clase. Mi carne se estremece, pero »mi corazon las adora. Sí, yo os saludo, grandes y pequeñas cruces, espirituales y temporales, interiores y exteriores; os saludo y beso vuestro pie, indigno del honor »de vuestro nombre.»

Partió en efecto el 15 de octubre, despues de haber dado aviso de su visita á todos sus curas, y empezó este segundo viaje por la parte de su diócesis que pertenecía á la Francia (2). Allí visitó cada día una parroquia, y algunos dos ó tres, no limitándose á confirmar, sino predicando y catequizando por todas partes, oyendo en el tribunal de la penitencia á todos los que se le presentaban dándoles él mismo la Comunion, haciendo volver á su deber, con una firmeza llena de dulzura, á los pecadores públicos, reconciliando á los enemigos, apaciguando las querellas y los odios, terminando los pleitos y las diferencias, al mismo tiempo que hacia estender por su se-

(1) Carta LXXXIII.

(2) Carlos Aug., p. 340.

cretario inventarios exactos de todos los bienes de las iglesias, actas detalladas del estado de cada parroquia, despues de haber examinado por sí mismo hasta las mas humildes capillas (1); cumpliendo en fin por todas partes con la mision de un santo Obispo, y descendiendo hasta los menores detalles de administracion.

En estas visitas, su solicitud no se dispensaba de ningun deber; y un dia, habiéndole rogado uno de sus curas confriese la tonsura á un joven, quiso estudiar por sí mismo la vocacion del nuevo aspirante al estado eclesiástico. Consideró primero en silencio su fisonomía, porque creia poder, examinando el rostro de una persona, discernir lo bueno y lo malo de sus inclinaciones (2); luego le interrogó, y le rogó en nombre de Dios le dijera si se sentia inclinado al estado eclesiástico. El joven, despues de haber titubeado algun tiempo, le confesó francamente que nunca habia tenido ni gusto ni deseo hácia este estado, pero que sus padres lo deseaban con el fin de obtener un rico beneficio, y habia ido, por complacerlos, á pedir la tonsura. «Entonces, le dijo el Obispo, quedaos en el mundo y vivid cristianamente;» y despues de darle algunos buenos consejos sobre esto, le despidió. Los padres aflijidos le rogaron con instancia cambiase su decision, y unieron poderosos empeños á sus ruegos con este fin, pero todo fué inútil. «¿Por qué, les dijo el santo Obispo, quereis arrastrarme á cometer tan grande falta? Prefiero que murmureis de mí, á que Jesucristo tenga que pedirme cuenta por haber conducido á su altar víctimas forzadas, cuando su gracia solo las quiere voluntarias. Dejadme, nada me podrá detener á desobedecer al apóstol que prohíbe la imposicion imprudente de las manos.» (3)

Habiendo la fatiga de estas visitas ocasionado al santo prelado una fiebre ardiente, le obligó á detenerse en *San Gras de Musignan*, para descansar uno ó dos dias. Como

(1) Carlos Aug., p. 342.—Dep. de Baytay.

(2) Dep. de Chambes.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 14 de octubre.

oyese, desde el cuarto donde estaba acostado, á un joven burlarse en la sala próxima de la gordura del Obispo, y decir que debia encontrarse bien en *San Gras* y no estar enfermo, mandó invitar al que discurria así por hacer gracia, á que entrase á verle, y pasados los primeros cumplimientos, dirigió la conversacion sobre las enfermedades, rogó al joven le tomase el pulso y le pidió sus consejos con un aire de confianza y bondad que no pudo contenerse: «Monseñor, le dijo, veo que teneis el don de leer en el fondo de los corazones; soy el hijo de un médico de Ginebra; he sido enviado por nuestros ministros para espiar vuestros pasos, y saber lo que venís á hacer en estos pueblos.—Vengo, hijo mio, le dijo Francisco, á buscar mis ovejas, y vos sois una de ellas;» y diciendo esto le abrazó lleno de ternura. El joven, conmovido hasta derramar lágrimas, cayó de rodillas á los pies de su Obispo, rogándole disipara sus dudas y le instruyera. La instruccion fué pronta con un alma tan bien dispuesta. El Obispo le llevó consigo, y al cabo de diez dias recibió su abjuracion pública de la herejía en la iglesia de Nuestra Señora de Brenod (1). El cielo hizo conocer por este tiempo, cuánto le agradaba el celo y todas las virtudes de su siervo, dándole una gracia especial para libertar á los poseidos del demonio.

Ya hemos visto en el capítulo IV del libro II (2), que para poner en duda esta accion del demonio sobre los hombres, era preciso negar á un tiempo el Evangelio, la historia de la Iglesia y los escritos de los Santos Padres, y aun la misma razon, que no puede menos de admitir que, una vez reconocida la existencia de los demonios, Dios puede permitir á estos malos génios obrar sobre el espíritu y el cuerpo del hombre. No se puede dejar de creer á los historiadores y testigos de la vida de San Francisco de Sales, cuando concuerdan todos en decirnos que, en el curso de

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 20 de octubre.

(2) Pag. 241.

su visita, un gran número de endemoniados iban á buscarle dando rugidos, rechinando los dientes, haciendo mil horribles contorsiones, y pidiendo su libertad con gritos que desgarraban el alma.

Al verlos Francisco, que tenia el espíritu demasiado elevado y recto para admitir nada sin pruebas suficientes, se abstenia algun tiempo sin decidir nada, ni en pro ni en contra, examinando atentamente á cada uno; los interrogaba hábilmente, y cuando reconocia en ellos los caracteres de una verdadera posesion, pronunciaba sobre ellos las oraciones de la Iglesia conocidas bajo el nombre de exorcismos. Los demonios, obedeciendo al siervo de Dios, dejaban los cuerpos que atormentaban; y mas de ochenta desgraciados le debieron así su libertad.

El consuelo que proporcionó al corazon de Francisco este resultado concedido á sus oraciones, se aumentó mas todavía con el gozo que experimentaba por la conversion de los pecadores que volvian á Dios, do quiera dirigia sus pasos. Para ponerlos en el buen camino, no temia consagrarles largas horas, considerando que su tiempo no podia emplearse mas útilmente. Cuando estaba visitando la iglesia de *Saint-Jacques de Sallanches*, un jóven conocido en el país por sus extravíos, fué á rogarle, con las lágrimas del arrepentimiento en los ojos, oyera la confesion de toda su vida; se prestó á ello de todo corazon, y como la sesion se prolongase mas de lo ordinario, los demás penitentes, disgustados de esperar tanto, le rogaron concluyera para oirlos á su vez. No contestó nada á este ruego, y continuó escuchando al jóven. El mismo mensaje le fué repetido hasta tres veces, pero siempre sin resultado; por fin, contestó, enjugando sus lágrimas: «Preferible es que las noventa y nueve ovejas fieles sufran un poco esperando al pastor, á que este deje de llevar sobre sus hombros la que ha ido á buscar al desierto.» Y acabó tranquilamente la confesion empezada (1).

(1) Carta XC.

El santo Obispo, siguiendo el curso de su visita, no disminuía nada de su solicitud por las otras partes de su diócesis; y este doble cuidado reunido, absorbía todos sus instantes. «No son arroyos, sino torrentes, los negocios de esta diócesis, escribia á la Señora de Chantal; os puedo decir con verdad que tengo trabajo sin medida desde que estoy en la visita.» (1) Sin embargo, no se dispensaba de ningun ejercicio de religion, y un dia que no sabia cómo salir con tantos negocios difíciles que le agobiaban, habiendo oido tocar á Vísperas, fué á ellas al punto. Al volver terminó todo en un cuarto de hora, lo que le sorprendió tanto, que no pudo ménos de decir: «Dios es quien ha hecho esto.» (2)

Sucumbiendo por fin á la fatiga, cayó enfermo, y al principio se temieron funestos resultados; pero al cabo de ocho dias recobró felizmente la salud y volvió á Annecy. Se estaba predicando allí entonces el Jubileo, concedido sin duda con motivo de la exaltacion del nuevo Papa; y la afluencia de los fieles que deseaban ganarlo era inmensa. Francisco, aunque convaleciente, no podia reposar teniendo á la vista las necesidades de los pueblos; puso manos á la obra, y trabajó infatigablemente con un éxito y gracias que le hicieron olvidar la fatiga. «La verdad es, escribe, que ha habido una gran concurrencia en nuestro Jubileo, y que se ha obtenido en él mucho fruto; he tenido diez mil consuelos y ninguna pena, segun me parece (3).» A mi regreso de la visita he encontrado una tarea en la que me ha sido necesario tomar mi parte, y que me ha ocupado muchísimo: lo bueno es que todo se dirige á la gloria de nuestro Dios, á la cual su espíritu me ha dado tan gran inclinacion, que le ruego la convierta en resoluciones. Me siento un poco mas enamorado de las almas que de ordinario; este es todo el progreso que he hecho,

(1) Año Santo de la Visitacion, 24 de julio.

(2) Carta CXII.

(3) Manuscrito de la Madre Fichet.

«á pesar de grandes sequedades y abandonos, aunque no  
»largos, porque mi Dios es tan dulce para mí, que no pasa  
»día sin que me acaricie para ganarme á él. ¡Qué misera-  
»ble soy! No correspondo á la fidelidad del amor que me  
»muestra. El corazón de mi pueblo está ahora casi todo en  
»buen espíritu.» (1)

De estos trabajos del Jubileo, el santo Obispo pasó á otros más penosos aún; partió para Chambery, invitado por el senado de Saboya para que predicase en esta ciudad la Cuaresma; pero antes de emprender esta misión, quiso hacer un retiro en el colegio de los Jesuitas de la misma población. «Para sosegar, decía, su pobre espíritu, todo agitado con negocios, conocerse en todos sentidos, y volver á poner las piezas de su corazón en su lugar, con la ayuda del rector del colegio que era, añade, muy amante de él y del bien de su alma.» (2) Durante estos piadosos ejercicios edificó á toda la casa con sus santos ejemplos, y la embalsamó con el buen olor de sus virtudes. Admiraban sobre todo su sencillez, su modestia y su humildad; siempre le parecía que hacían demasiado por él, y en todas ocasiones buscaba lo último y lo más humilde. Habiendo un día bajado á la sacristía á decir Misa, encontró á un sacerdote ya revestido de los ornamentos sacerdotales, en el acto de dirigirse al altar. Este no bien le hubo visto se apresuró á cederle el lugar, el santo Obispo lo rehusó; le hicieron instancias, pero no quiso consentirlo; exigió que aquel sacerdote subiese al altar, y esperó en oración á que volviese para subir él á su vez (3).

Después de haberse preparado así en el retiro para la predicación, como hizo el mismo Jesucristo, después de haberse llenado abundantemente del espíritu de Dios, de esas luces celestiales que ilustran las inteligencias, de ese fuego sagrado que enciende los corazones, empezó su

(1) Carta XCII.

(2) Carta CXII.

(3) Dep. de Passis.

predicación en la iglesia de Santo Domingo, delante de los senadores y de una multitud inmensa que había acudido á oírle. Allí, como en París y en Dijon, mostró la misma fuerza y la misma unción en el lenguaje y el mismo celo por la conversión de los pecadores. El pueblo, en su entusiasmo, llamaba á cada sermón un milagro, y proclamaba que no era el Obispo de Ginebra el que predicaba, sino el Espíritu Santo que hablaba por su boca; verdad que Dios pareció querer confirmar con un admirable prodigio, en presencia de los senadores, de varios grandes personajes y de millares de testigos, varios de los cuales, interrogados jurídicamente, lo afirmaron más tarde bajo juramento. Un día en que el cielo, sombrío y cubierto de espesas nubes que ocultaban el sol, parecía querer mezclar á la claridad del día una noche anticipada, el Crucifijo del púlpito reflejó sobre el santo predicador rayos luminosos que, llenándole todo de un resplandor brillante, le presentaron á todas las miradas resplandeciente y radiante como un astro. (1) Al ver esto, todo el auditorio prorumpió en un grito de sorpresa y de admiración; pero el santo predicador, afligido por ser el objeto de la veneración general, sintió una confusión extrema, y habiendo subido al día siguiente al púlpito bajo la impresión de este sentimiento, rogó con instancias á sus oyentes no hablaran nunca de lo que habían visto la víspera. Numerosas conversiones fueron el resultado de estas santas predicaciones: dos flamencos herejes, que se encontraban entonces en Chambery, tuvieron la curiosidad de oír á este predicador á quien todo el mundo alababa, el cual desenvolvió ante ellos la doctrina de la Iglesia sobre la invocación de los santos; y no fué necesario más para que reconociesen la falsedad del protestantismo y abjuraran en el acto sus errores (2).

Animado con tan felices resultados á nuevos trabajos,

(1) Dep. de Bonard, Favre, Emeri, etc.—Carlos Aug., p. 344.—De Maupas, p. 253.

(2) Idem, p. 345.

el santo apóstol no se contentó con predicar en la iglesia de Santo Domingo, sino que los días que le quedaban libres iba á predicar á otras cuatro iglesias de la ciudad, y parecia que se multiplicaba. Sin embargo, su celo apostólico no pudo ponerle al abrigo de una querrela enojosa por parte del senado de Chambery. Habiéndole rogado un personaje de distincion fulminara, por una causa no canónica, una censura (es decir una orden episcopal que obliga bajo pena de censuras eclesiásticas) (1) á revelar un hecho oculto, declaró no podia acceder á sus ruegos, y trató por todos los medios de dulzura y de convencimiento de disuadirle de sus pretensiones: mas este, picado con la negativa, declaró que era una injusticia; de ahí pasó á groseras injurias; y no habiendo podido alcanzar del santo Obispo mas que respuestas tan firmes como dulces, presentó sus quejas al senado de Chambery. El senado, por una debilidad poco digna de tan ilustre corporacion, haciendo ceder la justicia ante el crédito de un gran nombre, mandó al Obispo bajo pena de confiscacion de sus temporalidades que publicara la censura pedida. A esta sentencia Francisco no dió otra respuesta, sino que tenia un alma que salvar y su conciencia que respetar (2)

En el momento en que se preparaba á subir al púlpito, fueron á anunciarle que el magistrado iba á ejecutar la sentencia y á apoderarse de sus temporalidades. «He ahí una prueba, añadió sin alterarse, de que Dios quiere que yo sea todo espiritual;» y fué á predicar con la misma presencia de alma que si hubiera recibido la noticia mas indiferente (3). Esta elevacion de sentimientos bastó á algunos herejes que se hallaban presentes para convertirse. «Porque, dijeron, no es posible que un hombre tan des-

(1) Las censuras son penas espirituales impuestas á los cristianos rebeldes á las órdenes de la Iglesia, como la privacion de los sacramentos ó de la sepultura eclesiástica.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. I, sec. XVI.

(3) Carlos Aug., p. 344.

»prendido de la tierra no sea un hombre del cielo. Verdaderamente tiene el espíritu de Dios, puesto que tan poco le mueven las cosas humanas, y debemos abrazar la religion que enseña.» (1) Sin embargo, la confiscacion no tuvo lugar, sin duda porque la firmeza del santo Obispo avergonzó al senado; y cuando supo que la tempestad se habia calmado: «¡Ah! dijo, si me hubieran quitado mis temporalidades me hubieran proporcionado un gran bien, porque me hubiese hecho todo espiritual.» Y además decia á sus amigos: «¿Creeis que mis diocesanos me hubieran dejado morir de hambre? Hubiera tenido por el contrario mas trabajo en rehusar que en tomar. Sucede con los bienes de la Iglesia como con la barba, que cuanto mas se corta, se pone mas espesa; los que no tienen nada, lo poseen todo.» (2)

Libre de estos injustos ataques, solo pensó en vengarse al modo de los apóstoles, dando una canongia en su catedral al sobrino del Señor de Montfalcon, que habia manifestado mas encarnizamiento que ninguno en perseguirle, y haciendo á los demás senadores todos los servicios de caridad y benevolencia que le fueron posibles. Esta noble conducta triunfó de la mala voluntad de los senadores, los cuales le pidieron perdon, abrieron su corazon á sus santas instrucciones (3), y las mas rebeldes voluntades se sometieron á la voz de Dios, que no pudieron dejar de reconocer en un hombre tan digno de ser su enviado. La mision adquirió con esto un notable aumento en sus frutos, y el santo Obispo, para favorecer su progreso, se consagró sin reserva á las fatigas del apostolado. Todo el tiempo que no estaba en el púlpito, lo empleaba en confesar á sus numerosos penitentes, en hablar en particular de las cosas divinas y de los medios de santificarse con los que iban á conferenciar con él, y en resolver las dudas ó difi-

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 8 de febrero.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, part. I, sec. XVII.

(3) Dep. de Favre.—De Maupas, p. 259.

cultades que tenian que proponerle; y en estas entrevistas, á menudo, terminaba lo que en el sermón habia empezado.

Tantos trabajos no le impidieron celebrar el sábado de Pasión una ordenación de cien eclesiásticos, con el permiso del Obispo de Grenoble, del cual dependia entonces Chambery, y por condescender á la petición de los canónigos regulares de San Agustín, que formaban en su monasterio jóvenes discípulos para el sacerdocio. No contento con ordenarlos recibió antes la confesión general de la mayor parte de ellos; y habiéndose atrevido el presidente Favre, su ilustre amigo, afligido de verle fatigarse tanto en este penoso ministerio, á manifestarle que hubiera debido enviar aquellos jóvenes levitas con otros confesores: «Mi querido hermano, contestó sonriendo, me ha parecido que me tocaba á mí lavar las ovejas, puesto que yo era quien habia de esquilaslas.» (1) En la tarde de la ordenación puso manos á la obra, continuando sin descanso sus trabajos de misionero y de apóstol, hasta después de las vísperas de Pascua. Entonces, como se acercaba la época de su sínodo, volvió á tomar el camino de Annecy, para ir á presidirlo.

Encontró á su llegada todo el país alarmado con siniestros rumores; se decia que los herejes de Ginebra, irritados con la protección descubierta que el Duque de Saboya concedia á la religión católica, se preparaban á invadir sus tierras y apoderarse de Annecy, para hacer de esta ciudad su plaza de armas, y establecer en ella su falsa religión. Con estas noticias algunos, espantados con los malos tratamientos que le harían los herejes si llegaban á apoderarse de su persona, le rogaron se alejase por algún tiempo. «Espero, contestó, que Dios no permitirá que estos gentiles vengan á su herencia, y profanen su santo templo; con tal que tengamos confianza en él, no pondría entre los dientes de las bestias las almas que le con-

(1) Año Santo de la Visitación, 18 de febrero.

»fiesan (1). Pero si vienen, espero que tendré suficiente valor para permanecer entre mis ovejas. ¿Había yo de abandonar el redil, al ver venir á él el lobo? ¡Nunca! No, no dejaré á mis amadas ovejas, á pesar de lo que pueda ocurrirme. Desgraciadamente uno de mis predecesores, en el momento en que la herejía presentaba sus primeros ataques á la religión católica en Ginebra, se sobrecogió de temor y huyó (2). Si hubiera permanecido firme en su puesto, combatiendo el error y defendiendo la fe como era su deber, Ginebra sería aún católica. Si Dios permitiese que seamos afligidos con una nueva persecución, no imitaré con la gracia de Dios á este pastor tímido, y permaneceré en medio de mi pueblo, animándole con palabras y obras á que no abandone la antigua fe de sus padres, y sufriré con todo mi corazón todas las penas, combates y peligros, porque es mi deber dar mi vida por mis ovejas.» (3)

Los hechos no tardaron en probar que este lenguaje era la verdadera expresión de los sentimientos de su corazón, porque habiendo venido los Ginebrinos un día de fiesta, cerca de medio día, á sitiarse la ciudad y preparándose para dar el asalto, corrieron espantados á darle esta

(1) Palabras del Salmo LXXIII: *Ne tradas bestiis animas confitentes tibi.*

(2) Pedro de Baume, de quien habla aquí San Francisco de Sales, era un prelado piadoso, pero estremadamente tímido. Consagrado Obispo de Ginebra en 1523, permaneció en Pignerol hasta que Clemente VII, en 1526, le obligó bajo pena de excomunión á ir á residir en Ginebra, desolada por la herejía. Espantado por las continuas seducciones que escitaban allí los herejes, se refugió en Borgoña en 1528. Una nueva orden de Clemente VII, en 1533, le obligó á volver. Los herejes, que conocían su pusilanimidad, le asustaron recorriendo la ciudad con armas durante la noche; y doce días después de su llegada huyó para no volver, á pesar de las instancias de los católicos, que prometían defenderle. Con motivo de nuevas quejas y de otra orden del Papa, volvió tan solo á los alrededores de Ginebra, desde donde comunicaba sus órdenes á la ciudad; lo que no impidió á Paulo III nombrarle Cardenal, quizá con la esperanza de que esta dignidad le diera más influencia sobre el espíritu de los príncipes, cuyo apoyo solicitaba contra la herejía. El mismo Papa, en 1542, le nombró para el arzobispado de Besançon. (Memorias de Besson, p. 62 y siguiente.—Minuti, t. II, p. 80.—Ruchat, t. V, p. 62 y sig.)

(3) Carlos Aug., p. 346.—De Maupas, p. 262.